
C A P Í T U L O V

Del inesperado amigo que el pastor halló, y lo que juntos hicieron en la ciudad.

El muchacho se fue derecho a una de las ciudades vecinas, cuyo nombre corre disputado entre los cronistas, unos que fue la propia de Montiel y otros la de Alcaraz, que ambas tienen su asiento en la provincia de la Mancha; y por el camino iba cavilando sobre lo que mejor le convendría hacer, si echar el cuento de lo que le había sucedido, sin quitarle ni una coma, o guardar silencio, no fuese que se alborotasen algunos curiosos o entrase en sospechas la justicia sobre aquel aparecido y el lastimoso estado en que se hallaba, viniendo por uno u otro motivo a malogrársele la ganancia que le iba en el asunto.

Optó lógicamente por tenerse la lengua, en resguardo de sus dineros, y repasando en la memoria, las cosas que debía comprar, rindió felizmente la jornada, y fue a alojarse en una posada de tres al cuarto, casi en las afueras de la ciudad. El posadero no lo recibió, como debe suponerse, con mucho halago, por la poca ganancia que le prometía el pastor, pero cuando éste le averiguó dónde podría comprar algunas ropas y otros menesteres, cambió de semblante, volviéndose al punto en sonrisas y atenciones la frialdad e indiferencia que hasta allí le había mostrado.

—¿Y qué clase de ropas quieres?

—Un vestido completo de *turista* y otro de criollo una cartera grande de viaje, un mapa de América y recados de escribir.

—Vamos por partes, muchacho, que todo eso no lo podrás conseguir

en un solo lugar ni en tan breve tiempo. Además, no atino en cuál pueda ser ese vestido de turista que dices.

—Turista o *torista*, me dijo el dueño del encargo, y aunque yo le repliqué que no lo conocía, ni lo había oído nombrar, él insistió, diciéndome que no lo sabría yo, por ser un pobre rústico pastor, pero que acá en la ciudad cualquiera persona lo entendería con sólo nombrarlo.

Un maestro de escuela, amigo, compadre y vecino del posadero, que a la sazón se hallaba presente, intervino en la conversación, picado de la curiosidad y por ser la persona más leída del barrio, a quien de derecho competía esclarecer el punto.

—*Torista* y no turista ha debido decirte, muchacho.

—Pero quedamos en la misma, compadre —dijo el posadero— porque tampoco sé yo lo que sea *torista*.

—En verdad, compadre, que es nuevo el término, pero yo sí lo entiendo, y sé del vestido de que se trata, puesto que *torista* y torero valen en gramática lo mismo, porque las terminaciones *ista* y *ero* suelen usarse indistintamente en las voces que denotan alguna profesión u oficio, como se ve en guitarrista y guitarrero, cuentista y cuentero, camarista y camarero, trapacista y trapacero, y en otros vocablos más, que aunque no siempre sean rigurosamente sinónimos, están formados sobre una misma raíz. Con la autoridad de la Academia, creo, pues, que lo que este muchacho solicita es un vestido de torero.

Ante una disertación tan magistralmente hecha, quedaron convencidos el posadero y el pastor de que en aquello no había la menor duda; y pasaron a considerar el segundo vestido, que debía ser de criollo, en el cual no atinaron tampoco.

—Si dijere de indio —observó el maestro— el punto era claro, porque el vestido que éstos usan está pintado en las geografías e historias, y se reduce a un guayuco o pampanilla en la cintura y una coraza de plumas en la cabeza, pero el criollo de América, no sé como vista en su tierra.

—¡Cata! —dijo el posadero— ya tenemos quién pueda aclarar el punto, hablando de esto con el prisionero cubano, llegado en estos días, que sabrá de seguro cómo visten los criollos, con mayor razón siendo sastre de oficio.

Entre los pocos huéspedes que había en la posada, figuraba efectivamente un criollo, tomado prisionero en la isla de Cuba, que se hallaba muy

maltrecho en España. Rayaba en los veinte años, de varonil continente y agraciado semblante. Ardía en sus ojos la centella revolucionaria, cada vez que de Cuba se trataba, aunque no era cubano, en realidad, según lo había manifestado, sino de Tierra Firme, pero tan discreto en sus opiniones políticas, que nunca se escapaba de sus labios palabra alguna que pudiese provocar inútiles y peligrosas discusiones sobre la independencia de aquella colonia, última de España en ultramar.

¿Qué hacía en la Mancha este joven aventurero? Ganarse el pan, cosiendo en una sastrería, y contar amargamente en su corazón las muchas leguas que lo separaban de su hermosa tierra. Suspiraba de continuo por el ansiado día en que la suerte le deparase medio de volverse a ella, retorno que veía muy difícil y tardío, siendo esta la causa de su mayor tristeza, y lo que le obligaba a correr de ciudad en ciudad y de villa en villa, a la buena ventura, aguijoneado por la esperanza de hallar algún compatriota que le sirviese de amigo y compañero en su destierro.

No estaba a la sazón el joven en la posada, pero quedó advertido el pastor de que con él conseguiría el vestido de criollo que deseaba. Por su parte, el posadero le averiguó lo que más le importaba saber, si llevaba los dineros necesarios para las compras y sus gastos, y a vista de las monedas de oro, que le vio sacar del bolsillo, se ofreció gustoso a ayudarle en persona a buscar el vestido de torero y las otras cosas, entre las cuales había olvidado el muchacho incluir una escuadra, un compás y una medida métrica, olvido que subsanó allí mismo, recomendando al posadero para que también los comprase cuando saliese a la calle.

Queda dicho, y aun sin decirlo, por entendido debe darse, que el nuevo huésped vino a ser objeto de especiales agasajos. A falta de otro mejor alojamiento, por ser la posada muy estrecha, el posadero lo acomodó en el mismo cuarto donde dormía el joven criollo, de suerte que cuando éste tornó a la posada, se halló con aquel inesperado compañero, que le habló con su natural sencillez y rusticidad del objeto de su viaje, y del vestido que él podría venderle, según lo habían informado.

—¡Un vestido de criollo! ¿Quién te ha hecho ese encargo, muchacho?
—le preguntó con vivo interés el joven, cuyo nombre de pila era Santiago.

—Es un secreto —le respondió cándidamente el pastor, sin poder ocultar su turbación.

—¿Y el dueño del encargo te ha dicho que ocultes su nombre?

—No, señor. Yo no sé cómo se llama, ni de dónde ha venido.

—¿Y cómo te has visto con él?

—Porque lo ayudé a salir por la boca de una cueva, que estaba cubierta con piedras y malezas.

Bien fuese porque el pastor se viera comprometido a revelar el secreto, bien porque el joven con quien hablaba le brindase plena confianza, es lo cierto que acabó por referirle punto por punto cuanto le había sucedido, y aun los temores de que pudiese llegar aquello a oídos de la justicia, y provocar sospechas y averiguaciones.

—¿Y contaste todo esto al posadero?

—No, señor: sólo le hablé del dueño del encargo, sin decirle dónde está ni qué porte tiene.

—Pues guárdate de decir una palabra más sobre el asunto, porque podrías ser llevado ante la justicia. Yo compraré el vestido que necesitas, y te acompañaré al regreso, pero entiende que si no oyes mi consejo, tanto el aparecido como nosotros iríamos a parar bonitamente a la cárcel.

Abrió el pastor tamaños ojos, y se puso a temblar como un azogado, pero lo consoló Santiago, haciéndole ver que no habría mayor peligro, si él prometía guardar silencio y dejarle a su cargo la dirección del asunto, con lo cual se tranquilizó el muchacho.

A gran dicha tuvieron uno y otro que aquel día el posadero estuviese ocupado en la salazón de un puerco que había matado, y que por esto hubiese aplazado para el siguiente la diligencia de las compras, porque cayeron en la cuenta de que el sólo aspecto de las monedas de oro, que eran de siglos anteriores, habría provocado gran curiosidad en él y en cuantos las viesan, por lo que resolvió Santiago pedírselas al muchacho, advirtiéndolo de aquel peligro; y salió él mismo a la casa de un rico comerciante a cambiarlas, aprovechándose de su condición de forastero, y diciendo que eran prendas de un museo de familia, que se veía obligado a gastar para continuar su viaje.

No fue poca la sorpresa del comerciante al examinar aquel puñado de escudos del tiempo de D. Felipe II, y cerciorarse de que eran legítimos y ver-

daderos. Cambiólos de buen grado por escudos corrientes, prometiéndose ventaja en el negocio, y por su parte, Santiago hizo una vía y dos mandados, porque compró el vestido de criollo, eligiéndolo a su gusto, por las medidas que el pastor le indicó, las cuales eran muy desproporcionadas, pues resultaba que tanto el saco como los pantalones, eran más anchos que largos, lo que daba a entender que debían de ser para un hombre rechoncho. Solicitó el sombrero apropiado, los zapatos y demás piezas necesarias para quien no tiene nada sobre el cuerpo; y con este lío y el dinero sobrante volvióse a la posada.

Por si el lector no lo hubiere adivinado, bueno será decírselo. En el aparecido creyó ver Santiago un criollo oculto, acaso algún jefe revolucionario, perseguido o víctima de alguna crueldad; y por ello estaba ansioso de partir, acompañado del pastor, para satisfacer su curiosidad y ofrecerle sus servicios, si fuere necesario, aunque, en realidad, estaba confuso y desorientado por los vestidos y cosas que mandaba comprar, en son de preparativos para un viaje a América, según lo había dicho al pastor el mismo aparecido en la plática que tuvieron.

Al día siguiente salieron el posadero, Santiago y el pastor a hacer las compras, pues no quisieron éstos dejar en completa libertad al primero para que solo las hiciese, pensando, con razón, que en negocio tan indeterminado bien podría rendir las cuentas del gran capitán. No es por cierto cosa dificultosa hallar un vestido de torero en cualquier lugar de España, por lo cual fue lo primero que consiguieron, a poco de haber salido, así como la escuadra, el compás y la medida métrica, que negociaron con un carpintero. Seguidamente solicitaron la cartera de viaje y los recados de escribir; y respecto al mapa de América, el maestro de escuela les vendió el de su uso, que estaba en desuso y acribillado por la polilla.

Arregladas las cuentas de la posada, sin regateo, aunque bien lo merecían, el pastor y Santiago se alejaron de allí por opuestos caminos, para no infundir sospechas, pero luego se juntaron en las afueras de la ciudad, e hicieron rumbo al campo de Montiel, gozoso el uno de verse dueño de varios escudos de oro, riqueza que le parecía un sueño, y esperanzado el otro de encontrar un compatriota pronto a partir para América, que era su sueño dorado.